

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año XI

Marzo de 1934

Núm. 105

Domingo Melfi

EN LAS RIBERAS DEL PARANÁ- GUAZÚ (1)

(PEQUEÑAS NOTAS DE VIAJE)

I.

NINGUNA vinculación nos ataba a ese inmenso desierto verde que es la pampa. Pero al mirarlo experimentábamos la sensación perfecta del océano. El horizonte se extendía hasta un límite inalcanzable para la mirada recelosa del hombre de la ciudad. Una línea curva y diáfana ceñía los confines remotos. Todo era llanura, llanura y llanura verde, sin un árbol, sin una loma, en vastos espacios, semejante a la monotonía que el mar impone en ciertas horas y en reacción con ciertas posturas espirituales.

Y en un punto muy lejano, y luminoso, sobre el cual los rayos casi horizontales del sol daban la impresión de un rastrillo de oro, se elevaban dos columnas de humo, rectas, como si el aire se hubiera detenido, para dar mejor la sensación de los barcos que se asoman a los puertos. Aquellos humos eran

(1) «Paraná-Guazú»—río grande como mar—llamaron los aborígenes al que es hoy Río de la Plata.

sin duda, los de los transatlánticos que partían o arribaban o hacían señales a los vigías que esperaban la entrada para una hora determinada. La que-
ma de algún pastizal o bien un roce en plena pampa, hacía convertirse la llanura fértil y verde en un mar silencioso de honda y monótona tristeza. Otras veces eran puntos negros, manchas de bosques que a la distancia daban la impresión de pequeños barcos que hendían el horizonte. Tenían hasta la silueta alargada de los buques, obscura e irisada, tal como se les ve en el atardecer, en los días de horizonte limpio, sobre la ondulada curva del océano.

Era, pues, un mar vasto, con un sentido inmóvil de perennidad. Un mar que hacía surgir su monotonía del seno de su misma grandeza, sin nada humano, sin nada que determinara en el espíritu, la posibilidad de la huella sobre la cual el hombre había dejado un resto de su minúscula personalidad. Allí, sin embargo, vivía una raza. Había crecido la leyenda, vivían los hombres que hicieron un pasado y construían un porvenir. Se adivinaba, más que eso, se sentía, la solidez del suelo, la fertilidad y el dominio. Allí podía palpase la plenitud del desarrollo y de la energía creadora con que la tierra contribuía a formar una nacionalidad.

También pensábamos debía existir allí, la flora y la fauna submarinas. La flora y la fauna que habían dado al hombre tanta prestancia y tanto romanticismo. Sentíamos la insuficiencia del esfuerzo para abarcar todo el cósmico señorío. Una región tan dilatada y lisa, tan vasta y plana, tan profunda en su inmensidad sin horizonte, no podía dar sino una raza nostálgica y audaz a un tiempo. Raza de cantores y de aventureros, de tiranos y de rebeldes. Tal vez a esa hora era posible, ver moverse en alguna lomada, la liviana silueta del gaucho «Sombra» que venía del pasado histórico a plantar su caballo en pleno domi-

nio del hombre civilizado o extranjerizado. Ese gaucho que un europeizante había creado en medio del tráfago de las ciudades, con los restos del recuerdo, con las leyendas de los gauchos de Martín Fierro, Santos Vega o de Rozas o con el aroma espeso de la pampa surcada por los «zorros pampas» y los fieros baguales. A medida que nos internábamos en su corazón domesticado por la civilización encontrábamos los pasos y las huellas del europeo. Pero la fecundidad de la tierra se nos parecía como un milagro y una potencialidad. Surgían arbolados y caseríos que daban la impresión de haber sido arrojados al azar sobre la lisa superficie. Los cubos blancos de las viviendas estaban diseminados como para detener al hombre errante, como para acogerlo en el recinto amurallado de la familia. Árboles escuálidos erguían su ramaje obscuro y lánguido. La gran savia crecía sin duda hacia adentro, se bifurcaba en las raíces y en la frescura negra de la tierra. Tierra de pastizales. Hacia arriba no surgía como en la región de los montes el árbol enhiesto y airoso, firme y recio, de ruda y salvaje estirpe voluntariosa. Las ciudades improvisadas eran pequeñas y desguarnecidas. Ningún cerro las circuía. Ningún lomaje les prestaba la vida huraña del monte que conserva la adustez y el sobrio silencio de la casa. Se extendían como buscando un límite de reposo o de abrigo. Y el arbolado canijo que se había plantado en derredor para defenderlas del violento imperio de los vientos arrolladores, no era suficiente para dar la impresión de solidez y de defensa que conocíamos en las ciudades de las tierras montañosas y abruptas. El horizonte ancho las rodeaba por todos lados. La sombra serrana refrena un poco la voluntad y la somete a examen. Allí el horizonte aplastaba la ciudad de la pampa y la envolvía en un hálito tal de soledad vertiginosa que la ciudad parecía como avergonzada

de haber crecido en medio de ese océano, al cual nunca podría dominar. . .



Lo grandioso y al propio tiempo infantil, era la absorción del sol, su caída por la tarde sobre la tierra plana e inmensa. Enrojecía como un disco de papel, que fuera a rodar sobre el confín, empujado por la varilla de un niño gigante. Se detenía como herido, en medio de un fino telón verde y luego empezaba a descender agrandando su aro muy cerca de la línea de sombra que era la llanura. Su brasa ígnea ya no hería la vista y se le podía contemplar con la pura serenidad con que se mira desvanecerse el sol sobre el mar. Llenaba el pastizal sombrío de un vago estremecimiento dorado. Bandadas de patos y de «picazas», se levantaban de las lagunas encendidas y un inquieto torbellino rosado, batía el aire, con instantáneo vértigo, rompiendo la transparencia del aire. Se sentía la inmovilidad como algo inesperado, como si el mundo sobre el cual avanzábamos, hubiera adormecido su ritmo permanente. Grandes manchas de sombra se dilataban sobre la pradera. En otros sitios el sol aun dominaba con el oro derretido de su fulgencia. Hacia el horizonte volvíamos a encontrar los pálidos y casi desvanecidos hilos de humo, tal que si los barcos hubieran ya avanzado largo trecho sobre la línea del mar, siguiendo su ruta de todos los días.

Pero pensábamos: ¿por qué ese aro no rueda sobre la línea del horizonte, con la ondulación que el golpe de la varilla del niño comunica a los discos en los parques? Pero ya era imposible. El disco se achataba sobre la tierra, perdía su diafanidad y su armonía, entraba en el dominio de la sombra, se acostaba quizá, como en las leyendas, lleno de can-

sancio. Todo se iba impregnando de gris y de rojo, en una danza de minúsculos fragmentos, desprendidos de la hoguera que empezaba a extinguirse. Como en el océano, las bandadas de aves, manchaban el aire, surcaban de un extremo a otro, la viva lancha de fuego en cuyo seno acababa de sumergirse el inmenso disco.



A esa misma hora, hacia el oeste, detrás de los altos cerros de la cordillera de los Andes que no veíamos, pero que presentíamos o adivinábamos o que se hinchaban en nuestro corazón, a la distancia, en el «valle más hondo de la tierra», Chile, ese sol fulgía sobre las lomadas, o encendía en los valles y las quebradas, hogueras en las que los álamos enhiestos parecían llamas voraces enfilando rectas hacia cielo azul.

Encima de las lomas verdeaban las viñas, dispuestas con uniforme arquitectura, ardían en la soledad de los repechos, los espinos solitarios, huían alborotados los esteros tortuosos y parlanchines, los ríos se embriagan de luz dorada y la cordillera de la costa, calva y leprosa en muchas partes se cubría momentáneamente de un vivo resplandor romántico. Los caminos, ya en penumbra se internaban, estrechados entre una doble hilera de altos álamos, en el corazón de los valles, subían y se retorcían entre los cerros y volvían a brotar en los campos, cruzando potreros verdes en medio de los cuales se esponjaban los sauces y los boldos. Frente a la luz ardían los cerros y a contra luz parecían espesas manchas violetas que elevaran su perfil dentado sobre el horizonte de oro. Un reposo dulce envolvía la tierra de los cerros, que ondulaban unos detrás de otros, abrían su interna soledad sembrada de caseríos o se precipita-

ban sobre las dunas de una costa desolada, en donde un mar viril y potente, mar de hombres corajudos y fatalistas, jadeaba y rugía en un torbellino de espumas y de retumbos. Sobre el mar se hinchaban las velas sucias de los lanchones maulinos, los pequeños lanchones que arrastraban cargas de frutas y cargas humanas endurecidas en el trágico combate con un mar que les arrebatava de golpe, todo el sacrificio de años de paciente y porfiada batalla.



Sobre una y otra tierra crecían hombres distintos. En aquella planicie sin riberas, que cruzabamos el hombre había recorrido vastas extensiones, señor de sí mismo, rebelde a toda ley, como devorado en su corazón por la soledad que no le permitía sino la aventura y el coraje. Sediento de horizonte, debía ir y venir de uno a otro extremo, sorteando los peligros de la bestia y del matrero. Pudo allí crecer una estirpe de románticos a la par que de hombres de acción. Para engañar aquella flotante soledad silenciosa tenía la belleza melancólica de sus cantos y para no morir a manos de los asaltantes, su facón y la agilidad recia de su puño. En las lejanas pulperías hacia las cuales encaminaba su ardor y su esperanza, puestos diseminados en un desierto sin límites, encontraba el recuento de las hazañas gauchescas, que se urdían en la lumbre del fogón, punteando la vihuela jactanciosa o saboreando el mate, mientras el flete resoplaba atado en la tranquera.

Pero detrás de la cordillera había una tierra de montañas y de recodos. Las llanuras eran estrechas como los tortuosos cajones de sus cordilleras. El hombre estaba en acecho siempre. No tenía poderosas sugerencias para echar a volar su fantasía, sino limitados claros entre los cerros y entre los ríos que

ondulaban como las serpientes o que se precipitaban desde la altura en un ronco y turbulento clamor de espumas y de guijas. Las ciudades crecían a la sombra de los cerros o en la orilla de los ríos. Siempre una naturaleza opresora que estrechaba la visión o el alma entristecida del campesino. Por eso el cuerpo era nervioso y lento a un tiempo con el recelo de la soledad poblada de fantasmas que había que sorprender en cualquier rincón de los cerros o de los bosques o de los matorrales. En la pampa pudo producirse aquel gaucho cruel que convirtió en tiranía sangrienta su dominio de la campaña sobre la ciudad. Acá era el tirano que nacía de una ciudad dominadora sobre el campo. Portales era el señorito de la capital que quería dominar toda la extensión de la campaña. Sacaba astucia del rincón mismo de los cerros, de la cautelosa agilidad del zorro de la montaña, pero la usaba para dominar todo el impulso del campo o de la ciudad crecida lejos del imperio de la capital. Rozas era un producto de la estancia, un ejemplar típico de la extensión campera. Portales era el hombre característico de la ciudad, con un sentido de la realidad colonial y autoritaria que el otro no podía entender. Rozas podía batirse contra legiones de gauchos libres que habían conocido todos los peligros de las vastas llanuras desoladas y podría por fin dominarlos y atarlos a su destino. Acá el tirano debía defenderse contra hombres de los cerros que vivían en las ciudades, y cuyas intrigas eran como los recursos de los esteros para encontrar los cauces y las desembocaduras. Aquel tirano había sacado de la astucia del zorro «pampa» y de la perfidia del tigre, los estímulos para dominar a los hombres de la ciudad. Este otro había bebido en la leche colonial el sentido de la dominación y del poder. Exigía silencio a un país de silenciosos... Exigía sumisión a un país de sumisos por la terrible tradición de la encomien-

da. ¿Que era él sino un heredero de aquellos señores feudales autoritarios y sombríos, penitentes como los monjes intrigantes y lleno de desprecio como los oidores que burlaban las leyes cuando así convenía a sus intereses? Para uno, la patria era el dominio que alcanzaba a recorrer su fogoso caballo algo como una estancia inmensa y para el otro lo que quedaba dentro de la encomienda más grande, en la cual penaban los indios y los siervos, y algunos espíritus rebeldes nacidos del encuentro angustioso de soldados conquistadores e indias dominadas o lujuriosas. Esos rebeldes eran los que tramaban emboscadas. Habían nacido en los cerros. Por tanto, tenían, para él, el alma como matorral insidioso y la cabeza llena de niebla como el cono de esos cerros que en invierno las gasas envolvían con un turbante blanco y vaporoso.

Y así rodaba nuestra fantasía en la tarde ya cerrada sobre la pampa que cruzábamos en demanda de la gran ciudad, capital de la pampa.



Como un grito rasgó la soledad poblada ahora de caseríos, la gigantesca extensión edificada hacia lo alto. Al borde de dos inmensidades, estrechada por la doble presión de un «río grande como un mar», el legendario «*Paraná Guazú*», —después Río de la Plata en el pensamiento de los comerciantes aventureros que buscaban el rico metal— y una tierra que se parecía al mar, esta ciudad hervía en la confusión de razas y de pasiones. A su espalda ensanchaba la tierra el fértil encanto de su propia melancolía fecunda y al frente la llanura líquida por la cual Europa vaciaba su torrente de odios, de amores, de esfuerzos, de pasiones, de crímenes, de desechos de las grandes ciudades de Occidente. Penetrar en

ella era como adentrarse en un laberinto endiabrado. Una vez en ella, acogidos por la sombra no sentíamos el mar. ¿Dónde estaba el mar? ¿Dónde el estuario que aprisionaba las banderas de todos los barcos del mundo?

Inútilmente clamábamos por el mar. Ninguna ciudad acaso, daba como ésta la impresión de una ciudad mediterránea. Corríamos en ella como sobre tierra firme. No estaba el mar allí cerca. Y, sin embargo, se sentía su potencia invisible, su dominio inesperado. ¿Dónde quedaba el arbolado inextricable de los veleros y de los transatlánticos? ¿Dónde los barrios tenebrosos del contrabando y de la muerte, el barrio de los soplos románticos, de las citas feroces con los malevos de la ciudad? Las calles ardían de voces y de gritos. Sobre nuestras cabezas giraban enloquecidos los anuncios luminosos. Sobre el negro y brillante pavimento, desenvolvían los cauchos sus crujidos de seda y los escaparates de las tiendas lujosas echaban sobre las anchas aceras llenas de mesas y de bebedores sus franjas amarillas.

Estábamos ya aprisionados en la red metálica del ruido y de la soledad. Soledad sin fronteras, porque no se sabía dónde terminaba este placer de sentirse desconocido en una ciudad espesa y gigantesca. A nuestro lado los rostros trazaban parábolas ignoradas. ¿Quiénes eran? ¿A dónde iban? ¿Qué pensaban?

Era la plenitud de la sensación. Cómo comprendíamos que esta ciudad era la capital de aquello que acabábamos de cruzar. Ese cosmos verde no podía tener otro término que esta corporización tumultuosa en la cual la otra extensión arrojaba su violencia y su pasión, su romanticismo y su crimen, su amor, su esperanza y su lujuria. Ahora era posible entender un poco más esta América desgarrada y anárquica. Allí se reflejaba la imagen de la Amé-

rica batida y penetrada por las corrientes universales. Allí encontraba el hombre la imagen de la vasta extensión desértica y de la selva devoradora. La arboladura de los edificios parecía un laberinto de bosques y en cada rincón o en cada ventana habitaba de seguro el animal humano, sin piedad, sin corazón para los que no se identificaran con ella. Y nada nos decía que eso era la ciudad de un lejano tiempo de tiranía. Se erguía como hecha de fragmentos, como ensamblada por la voluntad de infinitas voluntades dispersas.



Allí estaban persiguiéndose razas y hombres. De su delirante confusión, sin duda debería surgir una moral nueva, un hombre nuevo, armado con todo la potencialidad que era resumen o mezcla del jugo de la tierra y del nervioso espíritu de las razas vehementes de Europa. En ocasiones, como una coquetería de poder la ciudad se volvía hacia el pasado para escrutar lo que había sido. Pero no era esa su pasión, porque mirar tanto hacia atrás le impediría dominar esa doble extensión que se abría ante ella o se ensanchaba detrás de ella. Las líneas del pasado fulgían sobre un horizonte vasto, se doblaban como al soplo de agrios y espesos vientos brutales. Ese «río grande como un mar», arrastraba desde el corazón del continente, la fecunda explosión de las selvas y descargaba sobre las riberas pobladas por núcleos febriles de hombres, el légamo y la tristeza, la esperanza y el dolor, el encanto de su poesía salvaje y el vigor de su tierra todavía virgen.

Nosotros íbamos en cambio, de una tierra de rinconadas, a sumergirnos en el ancho espacio poblado.

De la nuestra llevábamos este prurito de escrutar el pasado, no a condición de fortalecernos o estimularnos sino como motivo de vanidad criolla, para abatir prestigios o para encimar tribus desaparecidas, cuyos herederos todavía soñaban con el antiguo dominio. Este hombre de la tierra montañosa, vuelve a cada paso la cabeza, para examinar el recodo del cual ha salido en demanda del camino real que debe llevarle a la amplitud del llano. ¿Qué voz o qué murmullo o qué crujido de pasos recelosos ha estremecido el expectante silencio de la región sin fieras ni bestias? Es indudable que alguien sigue nuestros pasos. Alguien, se escurre por el filo del a montaña, alguien levanta sus pies cautelosos para darnos un golpe por la espalda. Por eso caminamos muy despacio hacia adelante con el temor de lo que dejamos atrás. Por eso vivimos pendiente del pasado y nos peleamos todavía por los muertos, y los muertos nos siguen en la noche, o no nos dejan vivir, metidos entre nosotros, conviviendo con nosotros, acechando nuestros pensamientos. Tenemos la más clara y diáfana belleza campestre, la más estupenda decoración de sobriedad natural y no podemos sentirla ni gustarla con la plenitud del espíritu porque tenemos que defendernos del pasado que a cada paso tira de nuestra voluntad y de nuestros pies.

Y allí, en cambio, se abría la vastedad de un mundo casi desconocido. La noche se multiplicaba en infinitas sugerencias. Vivía la ciudad en pleno dominio del hombre y del sexo. Una ciudad se recogía fatigada y otra se echaba a la calle, con el espasmo de un animal ávido de brincar. No se veían esos hombres silenciosos y taciturnos que parecen masticar un elástico rencor. Un rencor interminable que se enreda entre los dientes, que aparece enteramente absorbido y que reaparece de pronto en un filamento

duro que obliga de nuevo a la tarea inacabable y monótona. Comprendíamos que el pozo que habíamos salvado hacía unas cuantas horas quedaba casi debajo del musculoso macizo andino, bastión abrupto y huraño, de áspero esplendor potente que echaba su sombra agobiadora sobre el país largo y corajudo, recostado a sus pies. Parecía que formábamos una comunidad aparte, distinta de todas las otras, bella, de seco realismo, a pesar del encanto verde de sus paisajes, y capaz de abrir en un momento dado, una brecha profunda sobre el horizonte. Pero el repecho era siempre tenaz y laborioso y no se podía tener mucha esperanza en que los muertos nos dejaran subir. . . Por eso tal vez conservábamos la quietud monótona de los tiempos patriarcales, la lenta voluntad del arcaico recuerdo que hila su tela a la sombra de las pasiones políticas y violentas, y, sin embargo, prontamente encalmadas, vehementes sólo en la superficie; el amor por las tierras heredadas, el amor por las injusticias heredadas, el desdén por todo lo que sale un punto del ritmo acordado colectivamente.

La noche de esa ciudad «capital de la pampa» recogía también todo el mundo sorpresivo de una como pampa ciudadana. Se bifurcaba en los infinitos barrios, en los rastros de todas las alimañas que la civilización bate en su gran caldera de pasiones. También como de la pulpería o del puesto lejano, salía a mezclarse con el jadeo de marea de la ciudad la canción criolla estilizada por los «gringos», y a su ritmo danzaban la noche entera, en los pisos relucientes o en los salones en penumbra los hombres y mujeres excitados, que buscaban aturdirse y olvidarse de la terrible presión de la ciudad devoradora. A veces penetraban a los salones públicos o «boites» como se les llama, unos hombres jóvenes, con un pañuelo anudado al cuello. El pañuelo

blanco de puntas colgantes sobre el pecho. Paseaban una mirada de catadores, una mirada de amos de la noche y la arrogancia en ellos era como un desafío tácito. Con ellos entraba la bocanada del suburbio, de esa zona intermedia entre la pampa y la ciudad, que recoge de ambas las emanaciones del peligro. Había en ellos cierta prestancia desafiante. El antepasado gaucho o el antepasado colonial, mestizo de indio y de español estaba allí plantado un instante en medio del hervidero de la civilización nocturna... También esta ciudad grande rezumaba en ciertos momentos el tedio de todas las ciudades de América, mayor en esta ciudad de aluvión, amasijo de hombres de todas las latitudes, mezcla inextricable de razas, de ambiciones, de soberbias y de orgullos.

Y sin embargo, acogía. Parecía envolver entre brazos invisibles; prestaba no sé qué encanto hondo y turbador a las menores agitaciones. Acaso por su misma extensión fantástica, por su mismo vértigo ruidoso, por la facilidad con que entregaba a los extranjeros el goce de vivirla. Ancha como la pampa, como ella tenía la fertilidad y el peligro en sus zonas, el encanto de las enormes amplitudes y el impulso irresistible de dominarla, echándose a devorar a favor del viento, sus interminables barridas.



El fundador la edificó de cara al gran estuario. Le dió como sostén el otro océano verde y la puso frente a la sugestión voraz del Atlántico, sembrado de rutas y de esperanzas. Mirar las dársenas de su puerto es repasar todo el haz de la tierra. En los cascos de los veleros o de los transatlánticos o de los vapores menores se adivina la huella de todas las regiones del mundo. Cada barco es un resoplido de Europa

sobre la ciudad, una penetración de Europa en el corazón de la ciudad. Las ciudades de este lado del Pacífico fueron edificadas entre las escoriaduras de los cerros, al abrigo de las pasiones externas, como sometidas a continua soledad y pesadumbre. Para llegar a ellas el viajero debe atravesar, cadenas y cadenas de cerros; quebradas y repechos hostiles. Están enclavadas en pleno corazón de la tierra, lejos del mar o frente a un mar tormentoso y violento que impide hasta donde puede al hombre, fijar su dominación. El Atlántico austral, en cambio, no lucha en la costa con el hombre. Lo mira vivir, le hace fácil la vida en cuanto la llena de esperanzas realizadas muy luego. El Pacífico del Sur es sañudo y áspero. Derriba con un golpe los gruesos de piedras, dobla como alambres finos los enormes cañones de hierro y arremete con furia cada vez que el hombre intenta dominarlo. Cuesta vencerlo. Como el mar, es la tierra que se extiende hasta la cordillera. Dura y esplendente, milagrosa de savia, pero tenaz en su resistencia. Surcada de ríos torrentosos y de quebradas, defiende sus tesoros y su vientre metálico con todas las fuerzas de su hirsuta naturaleza. El hombre repecha una cadena, llega hasta la cumbre y su mirada advierte nuevas e interminables estribaciones. Ruedan hasta muy lejos los lomajes y las hondonadas. Entre ellas se abren los valles estrechos y fértiles, como nidos de verdor oprimidos por el abrazo de la montaña. Casi todos los hombres que dominaron esta tierra nacieron o pasaron su infancia en los ásperos cerrillajes. Recogieron su extraño misterio. Fueron hombres secos y austeros, que tuvieron una noción limitada y dura del gobierno. Su postura, su actitud era siempre la del que actúa sobre un país de montañeses. Carecían de fantasía. No tuvieron el esplendor de las llanadas abiertas, por las cuales la imaginación corre

veloz como un bagual. Fueron autoritarios, porque sentían sobre el espíritu la presión del cerro y la sugestión obscura del valle encajonado. Si levantaban la vista tropezaban con la cadena gris, en cuyas faldas y cumbres, yerguen sus brazos famélicos los quiscales polvorientos y espinudos. Así fué Montt. Así fué Varas. Así fueron los dominadores. Cuando alguno de los rebeldes sueña con ampliar la misión del gobernante para darle un vertiginoso impulso libre, es seguramente hombre que ha vivido cerca de la costa o tal vez hombre que ha estado sobre el mar, frente a las llanuras abiertas, al dilatado horizonte que no cierran ni los montuosos cerros de la costa ni los altos centinelas de la cordillera nevada.